

22—Se necesita la obra y el bautismo del Espíritu Santo

LES INVITO a leer Hechos 1: 3, 12: «A ellos también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios [...]. Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un sábado». Ahora leamos Lucas 24: 52: «Volvieron a Jerusalén con gran gozo». ¿Qué causó aquel gozo? ¿Acaso fue porque su Señor los dejaba? No, no fue eso. Fue por la promesa de que él regresaría nuevamente y que el Espíritu Santo descendería sobre ellos.

Como ustedes ven, él les ordena quedarse en Jerusalén por un tiempo. ¿Hasta cuándo? Hasta que el Espíritu Santo viniera sobre ellos. En nuestras iglesias, en nuestras reuniones campestres, en nuestras asambleas y en nuestros hogares, se habla poco del descenso del Espíritu

Sermón presentado durante una reunión campestre en Healdsburg, California, el sábado 26 de septiembre de 1891. Manuscrito 35, 1891. Santo sobre el pueblo de Dios. En el capítulo 14 de Juan se habla del Espíritu Santo. «Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14: 26).

¿Por qué no podían recibirlo y aceptarlo mientras Jesús estaba con ellos en la tierra? Pues por causa de las falsas ideas que eran propuestas constantemente por quienes estaban en el error, por aquellos que se hallaban en tinieblas con relación a la verdad. Los fariseos, los judíos, los escribas y gobernantes enseñaban mandamientos de hombres como si fueran doctrinas. Notemos que no eran «los mandamientos de Dios», sino «los mandamientos de los hombres».

La verdad y el error

Dichos «mandamientos» habían llegado a ser tan engrandecidos, y se habían escuchado tanto las erróneas interpretaciones de la Escritura de parte de los gobernantes y maestros, que los oyentes se confundían y les parecía imposible separar la verdad del error, de los misticismos concebidos por Satanás. Asimismo, tampoco podían distinguir lo verdadero de lo falso, lo genuino de lo espurio. Fue gracias a la constante repetición de la verdad y de lo que la verdad significa, que pudieron hacer suyas y entender correctamente lo que el Salvador quiso decir. El Señor estaba lleno; sí, lleno de luz y conocimiento. Cuánto anhelaba compartir aquella plenitud con sus discípulos; pero dijo: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar» (Juan 16: 12).

Quiero decirles, queridos amigos, precisamente ahora antes de la segunda venida de Cristo, que ustedes se están mezclando con lo terrenal, con el mundo; sus

asuntos, sus preocupaciones y sus perplejidades los acosan. Lo terrenal llega a ser supremo y lo celestial se subordina a lo terrenal. Lo mismo sucedió con los discípulos. A fin de que entendieran las palabras de Dios y de las Escrituras, fue necesario hacer una aplicación de la verdad, recibir una iluminación divina especial que hasta ese momento no habían tenido. Jesús les dijo que cuando el Espíritu descendiera, ese mismo Consolador, les recordaría a ellos todas las cosas que él les había dicho y se les abriría el entendimiento.

Cuando Cristo se encontró con los dos discípulos que se dirigían a Emaús, ellos vieron en él tan solo a un hombre trabajador semejante a ellos; pero él era el Hijo de Dios resucitado. El forastero les preguntó por qué estaban tan tristes, por qué conversaban con tanta tristeza. Ellos a su vez le preguntaron al desconocido: «¿Cómo, eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido? Que a Cristo, un poderoso hombre, un profeta que fue sumamente poderoso, manos malvadas lo tomaron y lo crucificaron». Entonces Cristo les recordó las Escrituras, comenzando con Moisés y los profetas. Él continuó y trazó su misma historia, la del Cristo de Dios, y les mostró que todo lo ocurrido estaba registrado allí en las Escrituras. Jesús les explicó las profecías, pero ellos no podían entenderlo.

Cuando los discípulos llegaron a su morada invitaron a Cristo a que entrara y se quedara con ellos porque ya estaba oscureciendo. Sin embargo, al partir el pan, él se les reveló. Pudieron, por la manera en que él manipuló el pan, ver los mismos gestos, las costumbres de Cristo, y luego las crueles marcas de su crucifixión; luego, él desapareció de su vista. Se volvieron uno al otro y dijeron: «¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?» (Luc. 24: 32). ¿Qué fue lo que ocasionó que sus corazones «ardieran en su interior»? Fue el poder revelador que había en las Escrituras lo que revivió su fe.

Cuando escudriñamos las Escrituras con corazón humilde, cuando nos asimos fielmente de la verdad tal como está esbozada en la Biblia, cuando creemos que son ciertas y verdaderas, el corazón se calentará y arderá con el amor de Dios. Entonces desde lo más profundo de nuestros corazones podremos decir: «¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros?». Nos damos cuenta de esto una y otra vez. En las instituciones donde se han estado estudiando las Escrituras, ¡cómo fluían las lágrimas y qué gozo había en el corazón! No había una pizca de emoción, sino apenas el que había sido recibido por las preciosas joyas de verdad que habían sido reveladas a los oyentes. Esto es lo que necesitamos. Deseamos tener a la Biblia como nuestra norma.

¿Por qué no es de mayor consuelo para nosotros? Bien, les diré por qué. Cristo ha dicho que «no podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mat. 6: 24). Una cosa se opone a la otra. No importa cuánto tiempo ustedes hayan profesado la religión, aunque haya sido durante veinte o cuarenta años, si no han aprendido a buscar primero el reino de Dios y su justicia, no conocerán a Dios. Tampoco estarán

familiarizados con Jesucristo si permiten que el espíritu del mundo penetre y arrope sus mentes acaparando toda la atención.

Un robo sistemático

¿Quién les dio esa actitud? Fue Dios. Qué derecho tienen de perpetuar día tras día, hora tras hora, semana tras semana, mes tras mes y año tras año, un robo sistemático en contra de Dios. ¿Qué derecho tienen de suplantar el don de la razón, el don de la inteligencia, y utilizar esa inteligencia y esa capacidad de razonar mayormente para el propio beneficio mundanal de ustedes? Hemos de entregarnos nosotros mismos, todo lo que somos y poseemos.

Los que ocupan puestos de confianza y cargos en nuestras instituciones, se han vuelto egoístas, dedicándose a asuntos comerciales. Muchos hombres que se encuentran en posiciones de confianza y responsabilidad han asumido cargas demasiado grandes y pesadas, han descuidado la oración. No olviden las palabras de Cristo: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5). Si ustedes dejan a Cristo fuera de su servicio no podrán distinguir entre el fuego común y el sagrado. Ellos están demasiado atosigados en los afanes de la vida y no tienen tiempo para orar. ¿Cuál es la situación de ellos ante Dios? Ustedes podrán seguir adelante y llenarse de cargas, de preocupaciones y de perplejidades y vivir una vida mundana. «Separados de mí nada podéis hacer». ¿De qué sirve dejar fuera a Jesús de esta ecuación, llevando a cabo una obra torpe y chapucera, centrados en las cosas de este mundo? ¿De qué sirve dejarse controlar por la avaricia, las cosas temporales de esta vida y lo que no es de valor alguno para nosotros? ¿De qué nos sirve dejar de lado los asuntos que tienen importancia eterna para nosotros como si pudieran ser retomados con liviandad cuando nos sea más conveniente?

Al asistir a las reuniones ustedes no podrán mantenerse despiertos porque han sustraído de Dios el poder nervioso del cerebro, atendiendo a las presiones y los intereses mundanos tanto de lo físico como de lo espiritual. Ustedes no han estado bebiendo de las corrientes de vida que alegran la ciudad de nuestro Dios. No han estado bebiendo de la nieve del Líbano, sino que han estado bebiendo de las corrientes contaminadas del valle; y lo que les hace falta es religión. Esto es lo deben poseer, o jamás entrarán en el reino de Dios.

Cuando se le hizo la pregunta si serían muchos los que habrán de ser salvos, Cristo dijo: «Angosta es la puerta y angosto el camino, [...] y pocos son los que la hallan» (Mat. 7: 14). ¿Por qué? Porque «ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella» (vers. 13). No necesitan esforzarse para encontrarla; no necesitan buscar; no necesitan luchar. Pueden dejarse llevar por la influencia del mundo. Poseen las normas, los dictados y el espíritu del mundo. La línea de demarcación entre la santidad y el pecado ha sido borrada.

Despertar a una nueva vida

Ahora bien, si Dios ha hablado a través de mí, a menos que haya una reforma en nuestras instituciones, y en todas nuestras iglesias, a menos que sus ojos sean abiertos por el bautismo del Espíritu Santo, ustedes se perderán tan seguramente como se perdió Judas. Ustedes venderían al Señor con la misma facilidad que Judas lo vendió por treinta años piezas de plata, porque Satanás se presentará con sus tentaciones. Su tentación equivale a un soborno: «Todo esto te daré si me adoras». Y muchos que se creen leales, venderán sus preciosas almas al diablo. Y las cosas que son de valor, y que perdurarán por las edades eternas, son consideradas como un asunto de menor cuantía. Ustedes llaman al mundo un átomo, y a un átomo lo llaman mundo. Tienen ese átomo ante ustedes, buscando la supremacía en estas cosas, y dicen que sustentan los principios mientras usan costumbres mundanas; llaman a mantener los principios en los negocios, pero ellos se manejan sin estos principios. La ambición impía está posesionándose de aquel que no está dedicado a buscar la gloria de Dios, sino la gloria del yo. Esta actitud se interpone entre ustedes y Dios, y al hacerlo no han tomado en consideración la eternidad.

Hermanos y hermanas, lo mejor sería entrar en razón ahora, sin demora alguna. Deberíamos clamar para que el poder vivificante de Dios descienda sobre nosotros, y nos cure de nuestra parálisis espiritual. A menos que ustedes despierten, y que comiencen a clamar a Dios y cambien de derrotero, serán agrupados con los incrédulos, o asumirán que tienen nombre de que viven mientras están muertos. La influencia que ejercen en el mundo será una maldición viviente. Al seguir esta conducta, ustedes llevarán a muchos al camino de la muerte y del infierno. Tampoco desearán que el tribunal sesione, para que Dios no ajuste cuentas con ustedes, porque allí se decidirán sus casos para siempre.

Estamos aquí con un propósito. Hay almas que salvar. Hay que alzar la voz entre el pueblo de Dios. «¡Clama a voz en cuello, no te detengas!». ¿Por qué? ¿Cuál es el problema? «Anuncia a mi pueblo», sí, es el profeso pueblo de Dios, ¿lo es?, «su rebelión y a la casa de Jacob su pecado» (Isa. 58: 1).

Lo que todos necesitamos es una conciencia despierta, y en el caso de muchos ella está muerta. Es preciso morir al yo y nacer de nuevo. La conciencia tiene que resucitar. Es necesario conocer qué es la religión, qué significa tener una conexión viviente con el Dios del cielo. Conocer a Dios y a Jesucristo, a quien él ha enviado: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17: 3). Por tanto, existe un conocimiento, y les pregunto: ¿Por qué dedican tan poco tiempo a la oración? ¿Por qué dedican tan poco tiempo al estudio de sus Biblias? ¿Por qué no escudriñan la Palabra a fin de estar seguros de que siguen las indicaciones dadas allí para garantizar la vida eterna? ¿Por qué sienten tan poca responsabilidad para consagrarse ustedes y sus familias a Dios? ¿Por qué lo consideran una mera forma de adoración? Muchos de ustedes se sorprenderían grandemente si Cristo respondiera sus oraciones. Ustedes no lo esperaban. No estaban haciendo planes para ello. Poseen una rutina, y las oraciones de muchos de ustedes no se elevan más allá de sus cabezas. ¿Qué necesitamos? Arrepentimos de nuestros pecados.

Confesar nuestros pecados ante Dios y convertirnos, para que nuestros pecados sean borrados, para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio y él envíe a Jesucristo (Hech. 3: 19, 20).

Pues bien, en esta ocasión hemos estado enseñando aquí, y hablando del amor de Dios. De lo dispuesto que él está a perdonar nuestros pecados. Es así. Fue una salvación completa la que se manifestó en la cruz del Calvario, y en esa misma cruz también se hace patente nuestra condenación. Es a causa de la inmensidad y la plenitud del sacrificio, y la retención de nuestra pobreza y muerte espiritual, que no nos aferramos a la esperanza puesta delante de nosotros en el evangelio. Tampoco nos beneficiamos del grandioso e infinito sacrificio que ha sido hecho a favor nuestro. ¿Qué le responderemos a Dios en el día de ajuste de cuentas? ¿Qué podremos decir? ¿Acaso que no hemos recibido el espíritu misionero para trabajar por la conversión de las almas?

Si se colocara a alguno de ustedes en un puesto de responsabilidad, con varias personas bajo su mando, es posible que se manifieste su espíritu de tiranía. Ustedes darían órdenes sobre la propiedad de Dios como si fuera de ustedes; de una forma que podría herir la dignidad incluso de seres irracionales. ¿Es ese el espíritu de alguien que irá al cielo? ¿Es ese el espíritu que morará con aquel que habita en luz inaccesible? Les aseguro que no. Esas personas que se exaltan a sí mismas para gobernar, necesitan convertirse completamente, experimentar el nuevo nacimiento que Cristo dijo que Nicodemo que debía experimentar o nunca vería el reino de Dios.

La religión es un asunto personal. No somos salvados en grupos; tampoco lo somos por tener nuestros nombres registrados en los libros de la iglesia; ni somos salvados por números. La pregunta clave es: ¿Cómo está mi alma? ¿Me he entregado completamente a Dios? En Lucas 10 leemos una pregunta que le fue hecha a Cristo: «¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?». Cristo responde al intérprete de la ley: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?». ¿Estoy convertido? ¿Me ha convertido en un hombre nuevo su poder transformador? ¿Soy amable? ¿Poseo los atributos de Cristo, o los atributos de Satanás? ¿Soy cortés con las almas de Dios ante quien soy responsable? ¿Soy considerado? ¿Soy paciente? ¿Soy afectuoso? ¿Manifiesto el amor de Cristo por aquellas almas por las cuales él murió?

Lo que necesitamos es pureza; lo que necesitamos es amor. Nada de sentimentalismo enfermizo; lo que necesitamos es una fe que obre por amor y purifique el alma. ¿Lo tenemos hoy, ese amor que Cristo tuvo por nosotros, que se colocó sobre el altar de sacrificio? ¿No tenemos un Salvador que como hombre pudo hacer un sacrificio por las almas de aquellos que perecen en el mundo? Cristo se dio a sí mismo como una ofrenda íntegra, completa y perfecta. Dejó la gloria que había tenido junto a su Padre antes que el mundo existiera; vino a nuestro mundo como varón de dolores y experimentado en sufrimiento. Fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por damos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados.

¿Qué hemos hecho como colaboradores de Dios? ¿Hemos negado el yo?
¿Hemos levantado la cruz? ¿Hemos manifestado el intenso interés por la obra que ha de ser realizada en conexión con el Señor Jesucristo con el fin de salvar las almas que están por perecer? Es nuestra tarea manifestar el deseo profundo y sincero de salvar almas, en proporción con la inmensa obra que Dios ha encomendado a los mortales. Entonces, ¿por qué tan indiferentes? ¿Por qué tan faltos de fe? ¿Por qué somos tan mundanos? ¿Cómo podemos encontrarnos en paz con el Señor en nuestra condición actual?

¿Hay alguien que tenga algo de qué gloriarse? ¿Hay alguien que se sienta muy capaz porque tiene maravillosos talentos? ¿Quién se los entregó? Les fueron dados por Jesucristo. ¿Qué están haciendo con ellos? ¿Estás empleando esos talentos para representar al mundo la piedad, la abnegación y el sacrificio personal? Si lo haces, entonces estarás imitando a tu Salvador Jesucristo. Lo que necesitamos es religión, semejanza a Cristo en carácter. Necesitamos la unción del Espíritu Santo. Hablemos de ello en nuestras reuniones, con nuestras familias; oremos a Dios por ello. Pero permítanme decirles que el Espíritu no vendrá sobre el hombre que ha hecho de su alma una avenida para pensamientos mundanos, para pensamientos impuros, para pensamientos sensuales, para pensamientos corruptos, tampoco para la realización de actos inicuos.

Le mostramos al pecador a Uno que puede quitar el pecado del mundo. Él no cubre al mundo con su justicia, sino que la retiene hasta que los pecadores se arrepientan y laven el manto de su carácter y lo blanqueen en la sangre del Cordero. Entonces el corazón que se ha despojado del yo estará listo para algo más. Eso es, para la llegada del Espíritu Santo. Entonces no lo podrán detener por más tiempo; saldrá a la luz. Comenzarán ustedes a trabajar por los desanimados y los sufrientes. Olvidarán el yo. El yo no será exaltado, sino que lo olvidarán, y estarán escondidos con Cristo en Dios. Cuando el yo esté resguardado con Cristo en Dios, entonces el Espíritu de Cristo se manifestará en la conducta. Dice el apóstol: «Sean ustedes santos en todo lo que hagan» (1 Ped. 1: 15, NVI).

Cuando Jesucristo pueda presentarlos a ustedes ante el Padre sin mancha, las puertas se abrirán y podrán entrar; pero si sus almas están contaminadas, y si están manchadas, el registro estará presente y tendrán que enfrentarlo en el juicio.

Lo que necesitamos es la profunda convicción del Espíritu de Dios. Lo que necesitamos es ser santificados por Dios aquí, en cuerpo y espíritu. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón. Con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo». No con una cuarta parte ni con una fracción.

Aceite en nuestras lámparas

Ahora bien, Jesucristo no vino con su propio carácter divino, sino que veló su divinidad con la humanidad. Vino a nuestro mundo con una naturaleza humana, compasivamente, para que pudiéramos contemplarlo. No podríamos contemplarlo de haber tenido la luz siquiera de un ángel. Sin embargo, él tomó nuestra

naturaleza; vino directo a nosotros para obrar a favor nuestro; para enseñar a toda alma lo que debe hacer para ser salva. Y ahora cada uno de nosotros puede recibirlo, creer en él, si así lo deseamos. Somos representados por las diez vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes y cinco insensatas. Profesan ser cristianas. Profesan ser religiosas. Pero la mitad de ellas no tienen el aceite de la gracia en sus lámparas, en sus corazones.

Les suplico que comiencen a investigar: ¿Cuántos de ustedes tienen el Espíritu Santo de Dios, representado por el aceite en la vasija de la lámpara? Aquí está la luz; tienen la verdad, las preciosas joyas de verdad se les ofrecen, la gloriosa revelación de la verdad de la Palabra de Dios. La venida del Señor es presentada ante ustedes: «Prepárate para venir al encuentro con tu Dios». Este tema no se expone ni la mitad de lo que se debería. La preparación es esencial. Dios no nos ha concedido tiempo para que lo desperdiciemos.

Algunos dirán: No sirve de nada que recaudemos dinero con el fin de enviar misioneros a los países extranjeros, porque el tiempo es tan corto que no se lograría nada. Sí que ayudará. Es mejor que utilicen el dinero de ese modo en lugar de guardarlo para que el gran día de fuego lo consuma.

Hay miles que no sienten la más mínima responsabilidad de devolver el diezmo a Dios. Rehúsan dar al Señor los talentos que él les prestó para negociar con ellos y duplicarlos. Él nos conoce por nombre. Él tiene todos nuestros nombres en su registro. Él conoce la cantidad de su propio dinero, hasta un centavo, que le hayan robado. Él les ha concedido utilizar una parte para el sustento de ustedes y se ha reservado una pequeña porción para sí. Sin embargo, no consideran que Dios deba recibir algo de vuelta de parte de ustedes, o que él tenga algún derecho a ello, por lo tanto, lo utilizan todo egoístamente y le roban a la tesorería de Dios. Ojalá que ustedes no piensen así, y que no continúen robándole. No hay razón alguna para que ustedes no entiendan la verdad acerca de este importante tema, tan solo porque colocan el egoísmo de su malvado corazón delante de ustedes, porque no desean ver, y no tienen tampoco la intención de ver.

Pero llegará el tiempo cuando cada caso será juzgado de acuerdo a sus obras. Cada acto de robo, de apropiarse del diezmo del Señor, será tomado en cuenta a menos que ustedes se arrepientan de robarle a Dios. Es tiempo de que acudamos a él con lo que le pertenece, como dijera David: «De lo recibido de tu mano te damos» (1 Crón. 29:14). Es Dios quien nos lo ha dado todo. Cuando nos sentamos a nuestra mesa es porque él nos ha dado los alimentos; todo nos llega por medio de Jesucristo. Él nos ha dado la lluvia, el sol, el rocío y todo lo que es una bendición para nosotros. Sin embargo, muchos están tan endurecidos, tan llenos de egoísmo, que no pueden ver los derechos que Dios tiene sobre ellos. ¡Aunque no todos, gracias a Dios! Hay muchos de nosotros que estamos dispuestos a devolver al Señor lo que le pertenece, y darlo voluntariamente. Lo damos tan voluntariamente como lo hizo David, «de lo recibido de tu mano te damos».

Entonces, si algunos presentes aquí han estado robando a Dios, podrían decir: «Yo no lo encontramos en la Biblia». Sí que lo está. Están mintiendo a Dios. Los casos de ustedes han sido presentados específicamente en Malaquías. Lo conocen y no lo pueden evitar, porque si tuvieran la capacidad de razonar lo podrían ver. Pero no desean reconocerlo, y estimulan la ceguera mental, no sea que su egoísmo perezca y Cristo entre y tome posesión de ustedes. Estoy pensando en el juicio. No quiero estar en deuda con Dios por haberle robado en los diezmos y las ofrendas, para que él diga al mencionarse mi nombre: «Malditos sois con maldición». No quiero escuchar esas palabras de parte del Maestro. Quiero oírle decir: «Bien, buen siervo y fiel».

Ahora bien, ¿por qué será que no disfrutamos más de la gracia y del poder de Dios? Empecemos a establecer clases bíblicas en nuestras iglesias, en nuestros hogares, y humillémonos delante de Dios, y oremos fervientemente, llorando delante de él, él merece una entrega sin reserva; entonces, nos daremos cuenta que no hay obstáculo en el camino.

Él dice: «Yo estoy a la puerta y llamo». ¿Cuál es el problema? Oh, ¿acaso no lo escucharon? Muchos no escuchan cuando el Señor dice: «Esta es mi parte; denme mi parte. Pueden quedarse con el resto, pero devuélvanme mi parte en los diezmos y ofrendas». Así que él llama y reclama, pero ustedes no lo escuchan. ¿Cuál es el problema? ¿Es que el barullo del mundo llena sus oídos y no lo oyen? No podrán detenerse lo suficiente para buscar a Dios con fervor y para prestar atención a lo que el Espíritu tiene que decirles. Que Dios nos ayude individualmente para que podamos despojarnos de todo lo que separa al alma de Dios, y que haya tal reforma aquí en California como ni siquiera la han soñado. Verán la salvación de Dios que colmará sus mentes, y muchas almas se convertirán a él.

Cuando me hablan de pérdidas temporales de bienes, pienso: «No es un alma». Pero la pérdida de un alma es de más valor que el mundo entero. «Porque ¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?» (Mar. 8: 36, 37). Por favor, piensen ahora y sin dilación cómo resolverán este problema con su Hacedor.

Tomemos la eternidad como ejemplo. Vivamos para Dios cada día. No sabemos en qué momento nuestra vida finalizará y cuando él vendrá para decirnos: «Da cuenta de tu mayordomía». Cada uno tiene una obra que hacer. Les diré cuándo él vendrá a nuestro mundo: Después de que el evangelio de su reino haya sido llevado a todas las partes de la tierra; y lo mejor sería que se apresuren. Que Dios nos ayude a ser fieles en el cumplimiento de nuestro deber de predicar el evangelio a todo pueblo, lengua y nación. Ojalá que podamos cumplir con las responsabilidades que Dios nos ha dado; que podamos deshacernos de cada partícula de egoísmo; que no haya ningún dinero gastado en flores o atavíos, o en adornos corporales; no hagan eso. Puede implicar el costo de un alma. El tiempo que dedican a ustedes mismos, lo necesitan para abrir sus Biblias con el fin de

despertar a las almas que perecen a su alrededor, apartadas de la verdad, prestas a perecer.

Todos somos misioneros

Cristo murió para que todos puedan ser misioneros. No necesitan apoyarse en los pastores; no necesitan decir que ellos son quienes llevan las cargas. En verdad lo hacen, y la razón por la que muchos han descendido a la tumba es porque han asumido las obligaciones que algunos de ustedes rehusaron llevar. Ellos reciben las cargas que ustedes no desean asumir. Si desean mantener sus almas puras delante de Dios, si ustedes se limpiaran delante de Dios de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios, entonces los pastores estarían en condición de avanzar. Así las oraciones de ustedes podrían acompañarlos al campo de cosecha como si fueran hoces afiladas. Pero las tentaciones del mundo los han enloquecidos; el mundo los ha insensibilizados; el mundo los ha paralizados. Deseamos ahora levantarnos sobre el mundo y contemplar a Cristo, nuestra única esperanza, para que nuestros ojos puedan estar fijos sobre aquel que es todo codiciable y distinguido entre millares.

Una decisión de vida o muerte

Queremos saber, hermanos, si ustedes se entregarán a Dios. Queremos saber si consideran que Dios hizo todo lo que podía hacer por ustedes. Queremos saber si tendrán en cuenta que todo el cielo, piensen solamente en ello, que todo el cielo les fue entregado a ustedes en un solo don: en Jesucristo. Cuando Dios dio a su Hijo, entregó con él los más ricos tesoros del cielo. Son de ustedes, si desean cooperar con él. Él dio todo el cielo; todo el cielo lo dio en ese único don. Todo el cielo está a nuestra disposición. Podemos reclamar todo el cielo. Cuando el pastor acude al campo de labor podrá decir: «Voy en el poder del Dios de Israel. No tengo confianza en el yo. No tengo confianza en mi habilidad finita, sino que tengo la promesa permanente de Uno que dice: “Yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo”». No tienen falta de poder entonces. ¿Qué otra seguridad necesitan? «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pedid todo lo que queráis y os será hecho» (Juan 15: 7). ¿Lo creen? ¿Creen en esta la promesa?

Hemos sido demasiado mundanos; hemos estado hablando de cosas terrenales; hemos hablado de asuntos terrenales y comunes, y la eternidad ha sido dejada fuera de nuestra consideración. ¿La retomaremos? Que Dios nos ayude para que podamos levantarnos como nunca antes lo hemos hecho. Les digo que esta es una obra individual. No miren a los demás y digan: «Tienen defectos de carácter, son de esa y otra forma». «¿Qué a ti? Sígueme tú». Hablo de Pedro. El Señor Jesucristo le dijo: «¿Qué a ti? Sígueme tú» (Juan 20: 22). Le mencionó a Pedro lo que le ocurriría, y entonces Pedro dice señalando a Juan: «¿Y qué de este?». Bien, mantente tú dedicado a buscar la gloria de Dios. ¿Qué significa mantenerse dedicado? ¿Qué es lo que quiere decir? Significa que deberían dejar que el

mundo salga de sus vidas, y que permitan que las realidades eternas entren. Que Dios nos ayude a ser cristianos en nuestros hogares.

Ahora bien, quiero definir qué es un santo. Un santo en el cielo es precisamente lo que alguien es en su propia familia, en el hogar. Si alguien es cristiano en el hogar, lo será en la iglesia y también en el cielo. Sin embargo, Dios nos ha puesto a prueba aquí. ¿Qué les parece? ¿Podrán resistir la prueba? Él dispondrá las circunstancias a alrededor de ustedes para probarlos y ver si hay alguna impureza de carácter en sus vidas. Si hay algún envilecimiento, si hay alguna carnalidad, si hay alguna tendencia satánica, él los probará de una manera, y luego de otra manera. Después los probará en otro aspecto, y después en otro más. Estamos aquí para ser probados y examinados.

¿Qué significa eso? Si ustedes tienen el Espíritu de Cristo amarán a cada alma por la cual Cristo murió. No con sentimentalismo enfermizo, ni con una vil simulación. Nada parecido a eso. Las amarán como Cristo las amó. Desearán preocuparse por las almas con tanto amor que no habrá motivo para los jóvenes, o para los adultos, que sea ocasión de tropiezo o de ser desviados del camino; o un canal para pensamientos impuros. Traten de crear una atmósfera donde el alma pueda ser mantenida receptiva y limpia delante de Dios nuestro Hacedor.

¡Ah, el pecado de la promiscuidad, es terrible! Está sobre muchos, muchos que están aquí. Están corrompiendo sus almas y, sin embargo, creen que son cristianos. Algunos no saben lo que es el pecado. No saben lo ofensivo que es para Dios corromper el templo del alma. Pero yo clamo a ustedes para despejar el camino del Rey. Hay responsabilidades inmensas que descansan sobre nuestras iglesias aquí en California donde han tenido la maravillosa luz de la verdad bíblica. Pregúntense con sinceridad: «¿Soy cristiano?». Si soy cristiano, ¿acaso estoy contemplando a Jesús, el autor y consumidor de mi fe? En él están centradas mis esperanzas de vida eterna.

Si aquellos que manejan la Palabra de Dios, ministrando a la gente, limpiaran sus corazones de toda iniquidad e impureza y acudir a Dios con corazones puros, como niños pequeños, entonces verían la salvación de Dios. Jesús caminará en medio nuestro. Hemos recibido por gracia invitaciones para ser vasos de honra; por tanto, no necesitamos inquietarnos por la lluvia tardía. Todo lo que tenemos que hacer es mantener el vaso limpio y boca arriba, preparado para la recibir la lluvia celestial, y elevar esta oración: «Que caiga la lluvia tardía en mi vaso. Que la luz del glorioso ángel que se une al tercer ángel, brille sobre mí. Concédanme una parte en la obra. Permítanme realizar la proclamación. Permítanme ser un colaborador con Jesucristo». Quiero que sepan que al buscar a Dios de esa manera, él los está preparando a todo momento, impartiendo su gracia. No necesitan estar preocupados. No necesitan estar pensando que hay un tiempo especial cuando ustedes han de ser crucificados. El tiempo de ser crucificados es precisamente ahora. Cada día, cada hora, el yo ha de morir; el yo debe ser crucificado; y entonces, cuando llegue el tiempo de prueba que vendrá sobre el

pueblo de Dios, los brazos eternos los cubrirán. Los ángeles de Dios establecerán un muro de fuego a su alrededor y los librarán.

La autocrucifixión de ustedes no valdrá de nada. Debe ser realizada antes de que se decida el destino de cada alma. Es ahora que el yo ha de ser crucificado, cuando hay una labor que hacer; mientras podemos usar cada talento que hemos recibido. Es ahora que tenemos que vaciar y limpiar completamente nuestro vaso de toda impureza. Es ahora que debemos santificarnos en Dios. Esta es nuestra labor, en este mismo momento. No hemos de esperar un período especial para realizar una necesaria y maravillosa obra; es hoy. Me entrego hoy a Dios.

¿Y qué pasaría si alguien saliera de esta reunión esperando que transcurra una semana, un mes, o un año, para entregarse a Dios, y es atropellado como le sucedió a nuestra hermana Rowland? ¿Están listos a hacer su entrega ahora? Deben despojarse de sus pecados ahora mismo, pero no piensen que vencerán gradualmente; [que] abandonarán el pecado poco a poco. No obstante, mientras dure el día acepten la invitación no endurezcan sus corazones.

Abandonar el pecado

¡Oh alma mía! ¿Por qué no abandonar el pecado hoy? El pecado crucificó a mi Señor. ¿Por qué no alejarnos de él con desprecio? ¿Por qué no amar las cosas que Cristo amó, y odiar las que Cristo odió? Él ha hecho suficiente provisión para que ustedes, mediante él, sean más que vencedores. ¿Entonces, qué necesitan? ¿Necesitan una segunda crucifixión de Cristo? No podrán tener eso. Tienen que mirar al Calvario. Deben recibir la sangre por fe y hacer uso de ella. Tienen que lavarse en ella. Deben ser limpiados por la sangre derramada de Jesucristo. Esta sangre puede limpiarlos hasta lo sumo.

Lo amo; lo amo porque él me amó primero. Ha quebrantado mi corazón; lo ha quebrantado, y no servirá para nada a menos que esté quebrantado. El corazón de ustedes tampoco sirve para nada a menos que esté quebrantado. Que Dios nos ayude para que podamos hoy mismo rendirnos a él. Hay una labor que debe hacerse aquí. Hay una obra que debe ser realizada en la iglesia: una obra maravillosa. Ustedes deben amar como nunca antes han amado. Deben orar como nunca antes han orado. Buscarlo como nunca antes lo han buscado. ¿Se encerrarán en una celda enclaustrada como lo hizo Martín Lutero para flagelarse? Surge la pregunta: «¿Daré mi primogénito [...] por el pecado de mi alma?» (Miq. 6: 6-8). ¿Son holocaustos y sacrificios lo que Dios requiere? Él dice: «Mi alma está hastiada de ellos». No es eso. Es un corazón contrito; es que ustedes se humillen, que hagan justicia y muestren misericordia. Esta es la obra de ustedes.

Aférrense de ella ahora. ¿Por qué esperar por más tiempo? ¿Por qué no confiar en lo que Dios dice? «Heme aquí, Señor, me entrego, es lo único que puedo hacer». Si Satanás viene con sus tentaciones perversas, díganle: «No, no hay lugar en mi alma para ellas; mi alma está extasiada con el amor expresado en el

Calvario. No puedo dejar que la maldad penetre en mi alma; ella crucificó a mi Señor”.

Vivir para Dios

Ahora bien, hermanos y hermanas, necesitamos religión. Necesitamos el bautismo del Espíritu Santo. Debemos estar preparándonos para ser misioneros. Ustedes no saben quién puede ser llamado, pero Satanás desea mantenerlos todo el tiempo en las tinieblas de la incredulidad. Desea mantenerlos en la bajeza; quiere mantenerlos en la oscuridad y el pecado. ¿Desean romper las cadenas? ¿Quieren salir libres? ¿Dirán: «Solo teniendo fe en ti, podré pagar tal deuda»? Para mí, eso es todo lo que Cristo quiere. Él desea recibirlos tal como ustedes son.

Que Dios nos ayude a ver y a vivir. Que Dios fortalezca nuestros corazones para confiar en él. Hermanos, él viene dentro de poco. Aquí hay penas y problemas. Aquí hay un hermano que ha estado sufriendo de reumatismo y con gran agonía lleva noches sin dormir. Hay descanso, hermano; habrá descanso dentro de poco. Lo veremos tal como él es, y seremos hechos semejantes a él. Descanse, descanse en el reino de Dios. Continúe un poquito más; sufra unos pocos días más, y habrá una eternidad de felicidad y dicha; eso es lo que usted desea. La corona de justicia es para el vencedor. Cada uno de ustedes ha de pensar en esto. En la mañana reflexionen en ello; ahora debo contemplar esa corona. Tengo que tratar de alcanzarla. Tengo que correr la carrera por ella. Y esa corona será mía si alcanzo la victoria. Pero si no lo hago, y Satanás vence, perderé esa corona y otro la obtendrá. ¿Acaso no intentaremos ganar la corona de la vida eterna? Si perdemos el cielo lo perdemos todo. Si ganamos el cielo lo ganamos todo.

Veo encantos incomparables en Jesús. No necesito una mayor recompensa que la que él nos presenta. No deseo una recompensa mayor que esa. Deseo vivir para Dios, no para el mundo. Deseo poner la vista solamente en su gloria. Que todos nosotros, en la mañana, al mediodía y en la noche, nos presentemos delante de Dios como su propiedad, no como que nos pertenecemos, y peleemos la buena batalla de la fe. Hoy no hemos de tener la fe de mañana. Solamente tendremos fe para hoy; mañana encontraremos fe cuando el día llegue; así que no se preocupen por el día de mañana. ¿Soy hoy del Señor? ¿Disfruto hoy del testimonio de su Espíritu? ¿Está mi nombre en los labios del gran Abogado del cielo? ¿Estoy caminando hoy en armonía con Jesucristo y los ángeles? Los seres celestiales están obrando para llevar la luz del conocimiento de la verdad, tal como brilla en la faz de Jesucristo, a los seres humanos.

¿Soy un colaborador de Jesucristo? ¿Cuál es el problema? Es porque ustedes le han robado a Dios durante toda la semana. Le han robado a Dios, y no tienen parte en su obra. Que Dios les ayude a estar convertidos. Algunos de ustedes podrían estar molestos y decir: «No me gusta esa predicación tan directa». No puedo hacer nada si no les gusta. Tiene que haber alguien que obedezca el mandato: «¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta!

¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado!” (Isa. 58: 1). Necesitamos la ayuda de ustedes, hermanos, la de todos ustedes.

¿Cuál es la palabra del centinela que está sobre los muros de Sion? «La mañana viene y después la noche” (Isa. 21: 12). Ambas vienen. El vigía tiene que dar la voz de alarma. Cada guarda que está sobre los muros debe prestar atención y despertar al pueblo. ¿Qué hacen todos sino sentarse y mirar atónitos al centinela? Tienen que entender el sonido de la trompeta, y hacerlo suyo para proclamarlo en todas las iglesias. No deben clamar: «Centinela, venga aquí, ven-ga aquí”. Eso no debe suceder aquí en nuestra iglesia. Deben darla ustedes mismos por estar relacionados con Dios, porque son el canal de luz. Tomen todas las palabras ardientes del trono de Dios e impártanlas a la gente. Eso es lo que tienen que hacer. En vez de discutir sobre quién será el mayor; en vez de disensión, en vez de conflicto, que Dios les ayude a estar convertidos. Lo que necesitan es llegar a ser como niños.

El gozo del cielo

Anhelo el cielo. ¿Lo anhelan ustedes? Todos deberíamos saber cuánto lo deseamos. Veremos precisamente cuánta fe tenemos. Porque el Señor viene y está justo a las puertas. Tenemos poco tiempo para trabajar, y si permitimos que el mundo entre y absorba toda nuestra atención y todos nuestros recursos, ¿qué se dirá de nosotros en el juicio: «Entra, buen siervo fiel»? ¿Dónde reside nuestra bondad y fidelidad? ¿Estará en sus granjas? ¿Estará en la obra de sus manos? Podrán ser fieles en eso, pero tendrán que hacer algo adicional. Hay un mundo que debe ser prevenido; hay un mundo que debe ser salvado; hay pecadores que deben ser convertidos. Mientras ustedes duermen los pecadores están pereciendo; Satanás está sembrando sus cizañas. Ustedes necesitan estar bien despiertos en sus iglesias. Todo el cielo está interesado en ustedes; ¿por qué no interesarse en ustedes mismos? «Abrid la puerta, y entraré», dijo Cristo. ¿La abrirán? ¿Le permitirán entrar? ¿Serán celosos y se arrepentirán de su rebelión, de su falta de amor, de su frialdad, de su indiferencia?

Lo que necesitamos es a Jesús. Lo que necesitamos es su amor. Lo que necesitamos es refinar y mejorar el carácter. Lo que necesitamos es morir al yo ahora mismo, no esperar el futuro. Necesitamos consagrarnos aquí. Estoy tan agradecida de que no es demasiado tarde para que seamos justos. Estoy muy agradecida porque tenemos a Jesús. ¡Porque él es capaz de limpiarnos de todo pecado! Estoy muy agradecida porque puedo recibir su bendición. Agradezco porque puedo esconderme en él ahora, y porque puedo aceptar su luz y compartirla con otros. Ojalá que el Señor sople sobre nosotros su Santo Espíritu, y que podamos crecer en Cristo, la Cabeza vida. Necesitamos esa salvación hoy. No necesitamos esperar; no necesitamos ahuyentar a Cristo por nuestra incredulidad. Necesitamos aferrarnos de él porque nos ha dicho que lo hagamos. Deseo que escuchen estas palabras: «¿O se acogerá alguien a mi amparo? ¡Que haga conmigo la paz!, ¡sí, que haga la paz conmigo!» (Isa. 27: 5). «Venid luego [...] y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la

nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (Isa. 1: 18). ¿Acudirán al llamado? ¿Creerán? ¿Le permitirán razonar con ustedes? ¿Encomendarán el cuidado de sus almas al fiel Creador?

Que Dios nos conceda vivir en la luz de su faz, y que al fin le escuchemos decir: «Suban acá; entren en el gozo de su Señor». ¿Cuál es ese gozo? Ver pecadores convertidos. Eso es gozo. Vayamos a trabajar y tratemos de ayudar a alguna pobre alma descorazonada, que esté abatida bajo el peso del desánimo. Tratemos de ganar algún alma para Cristo. Ustedes se consideran más importantes de lo que son, pero intenten ganar a alguien para Cristo y se empequeñecerán hasta sentir que no son nada. Cuando se sientan así, entonces Cristo será todo para ustedes.

[Al concluir el sermón la señora White hizo un llamamiento y muchos respondieron. Vea el informe en Signs of the Times del 12 de octubre de 1891].